

Reflexiones acerca de la identidad de los chinos

Por ENRIQUE GUARNER

MIENTRAS en la mayoría de los países de Europa se vestían en forma primitiva, los chinos se ataviaban con ricas sedas. Dicieiséis siglos antes que los occidentales escribieran un tratado de Medicina, los asiáticos ya habían compendiado un Herbario. Asimismo conocían el papel ocho centurias antes que los egipcios y es más en tanto que en la Edad media se combatía con flechas y lanzas, los orientales ya dominaban el uso de la pólvora. Por supuesto que el paso del tiempo trajo un letargo en China; pero su historia hasta el siglo XIII puede considerarse como una de las más brillantes de la epopeya humana.

El «Pitecanthropus pekinensis» mejor conocido como el hombre de Pekín vivió hace medio millón de años y conocía el fuego y utilizaba algunos instrumentos rudimentarios. Sus descendientes dieron lugar a que 2500 años antes de J.C. floreciera en la China meridional una cultura de

la cual se han hallado restos arqueológicos de una cerámica excelente.

La primera dinastía de la que se poseen datos fidedignos es la de los Shang, quienes ocuparon el trono desde 1523 hasta 1027 antes de C. y cuya época se conoce como la «Edad de bronce». Efectivamente, durante su predominio se fabricaron armas y carruajes de fino acabado.

Sin embargo, en el siglo XI, los Shang sucumbieron ante los Chou, quienes expandieron el territorio desde el Yang Tse Kiang hasta la Manchuria. Los «bárbaros» como se conocía a este pueblo adoptaron pronto la cultura de aquellos a quienes habían vencido.

Es por ello que la dinastía Chou duró nueve siglos y se caracterizó por su enorme desarrollo en los campos económicos y social.

Dos grandes filósofos surgieron en su época. El primero Kung Fu-tse conocido por los latinos como Confucio fue quien inició la literatura china. Este escritor nació en 551 antes de J.C. y sus contemporáneos lo tenían por un personaje quisquilloso que llamaba la atención por su extravagante

te indumentaria. De sí mismo Confucio nos dice: «A los quince años puse mi corazón en la condición de aprender, a los treinta estaba formado; a los cuarenta deseché las dudas; a los cincuenta comprendí los designios del cielo; a los sesenta recibí la verdad y a los setenta no violé lo que era justo».

El filósofo ideó un sistema ético para convertir el caos en armonía. Estaba convencido de la sociabilidad del ser humano que no debe violar sus responsabilidades hacia sus semejantes. Los libros recolectados por sus discípulos son cinco y el más importante es el de las «Odas» que incluye 300 poemas con bellas metáforas.

Contemporáneo de Confucio fue Lao-tse y resulta probable que los dos filósofos se conocieran. En su escrito principal intitulado «Tao te-chiang» se nos dice que la felicidad solamente puede alcanzarse mediante el libre desarrollo de la naturaleza humana y que la mejor manera de gobernar es sin coacción alguna. Para Lao-tse lo esencial en la vida es la simplicidad y la espontaneidad en cualquier acción. La conducta no debe perseguir ningún propósito egoísta y agrega: «Todas las cosas parecen sin que se hablen palabras, crecen sin demandar elementos que las desarrollen; se procesan sin necesidad del orgullo y nadie es dueño de ellas». De lo anterior el filósofo concluye que «Un gobierno conducido por sabios y personas sencillas liberará a su pueblo de sus de-

sordenados deseos, le llenará el estómago y regulará la ambición de los ricos».

Desafortunadamente en el siglo III antes de C., en las fronteras de la sociedad Choy se estableció un estado bárbaro y militarizado que subyugó el reino dando nacimiento a la dinastía Chin, la cual mantuvo una gran disciplina en la administración pública. Ella introdujo nuevos valores, leyes y costumbres; así como sometió a reglas fijas los pesos y medidas. Los Chin exaltaron como la máxima virtud la obediencia y el orden, llegando al extremo de quemar los libros de Lao-tse. Fue durante este gobierno que se completó la Gran Muralla.

La dinastía de los Chin fue sucedida por la de los Han, que duró cuatro siglos a lo largo de los cuales se extendió el territorio que adquirió una extensión semejante al imperio romano que constituía su contemporáneo de entonces. Bajo los Han prosperó la agricultura gracias a la rotación de los cultivos y a la recuperación de las tierras erosionadas. La gran «Ruta de la seda» que llegaba desde Arabia hasta Europa trajo en mayor enriquecimiento y la corte adquirió una gran magnificencia.

El esplendor Han llegó a su fin en el año 220 de nuestra era y a partir de entonces el caos reinó en China. El país se fragmentó en feudos y únicamente el arribo del budismo trajo sosiego al pueblo.

Alrededor del año 600 gobernaron los Sung quienes reunificaron el país exten-

sión de las dinastías y Corea. Fue éste un largo período de auge y uno de sus emperadores ordenó que se escribiera la enciclopedia de los mil volúmenes en la que se reunía todo el saber chino.

En 1275 el viajero veneciano Marco Polo describió la capital Quinsai como «La ciudad más impresionante del mundo, con pagodas y jardines plenos de encanto. Existen cien puentes ornamentales que atraviesan el río y en los hospitales se sirven riquísimos manjares y pastas, las cuales serán pronto nuestro alimento habitual. En los mercados se venden sedas finísimas, brocados, marfiles y todo tipo de adornos en oro y plata. La cerámica ha alcanzado tal refinamiento que ninguna la supera».

En el siglo XIII, los mongoles invadieron el país donde permanecieron cerca de un siglo. A los Kublai siguió la dinastía Ming, la cual promovió el nacionalismo e inició la construcción de la «Ciudad prohibida», donde habitaban los emperadores.

En 1644 llegaron desde el noroeste los Manchu, familia a la que pertenecía Poying, el «último emperador» de la extraordinaria película de Bertolucci. Puede decirse que en el siglo XIX el «Celeste imperio» ya estaba en plena decadencia. Los rusos penetraron por el oeste, los japoneses por el norte y los ingleses para anexarse Hong Kong desencadenaron la cruel «Guerra del opio». Es más, la misma emperatriz Tsu-Hsi conspiraba contra su propio país alentando la rebelión de la organización secreta de los «boxer» que fracasó en 1900.

En 1912 ante la extrema división interna se impuso el gobierno republicano de

que podían adquirir fuerza. Algunos autores afirman que la caída de los Han se debió a la lucha entre las familias consortes con los descendientes legales.

Por supuesto que el arribo del socialismo puso fin a las canongías familiares. Los sociólogos modernos afirman que esto no se ha debido a una actitud política sino a la modernización. En el fondo tiene razón puesto que en Europa también se mantenían las propiedades dentro de un conglomerado familiar. En China todo se ha colectivizado terminando con herencias que a veces podían trazarse hasta siete siglos atrás.

Desde el punto de vista psicológico lo que no puede negarse es la enorme fijación oral en la sexualidad de los chinos. Cualquier acto es simbolizado como alimento. Ellos incluso poseen una teoría de la energía de acuerdo con la cual, el «yang» que constituye la esencia del hombre se encuentra limitada, mientras el «yin», o la materia de la mujer carece de limitaciones. Es por ello que el varón debe medirse para no perder su energía vital.

La oralidad de los chinos puede verse en que los genitales tienen que nutrir, dar bebida o absorber. Usualmente se piensa que la hembra con sus manjares y deleites apacigua al hombre. El padre poseía la absoluta autoridad y decidía las labores y profesiones de sus hijos, la mujer además de ocupar un lugar secundario tenía siempre que obedecer.

A lo largo de centurias los ricos y poderosos se llenaban de concubinas y se puede decir que la poligamia está legalizada. Las

que podían adquirir fuerza. Algunos autores afirman que la caída de los Han se debió a la lucha entre las familias consortes con los descendientes legales.

Por supuesto que el arribo del socialismo puso fin a las canongías familiares. Los sociólogos modernos afirman que esto no se ha debido a una actitud política sino a la modernización. En el fondo tiene razón puesto que en Europa también se mantenían las propiedades dentro de un conglomerado familiar. En China todo se ha colectivizado terminando con herencias que a veces podían trazarse hasta siete siglos atrás.

Desde el punto de vista psicológico lo que no puede negarse es la enorme fijación oral en la sexualidad de los chinos. Cualquier acto es simbolizado como alimento. Ellos incluso poseen una teoría de la energía de acuerdo con la cual, el «yang» que constituye la esencia del hombre se encuentra limitada, mientras el «yin», o la materia de la mujer carece de limitaciones. Es por ello que el varón debe medirse para no perder su energía vital.

La oralidad de los chinos puede verse en que los genitales tienen que nutrir, dar bebida o absorber. Usualmente se piensa que la hembra con sus manjares y deleites apacigua al hombre. El padre poseía la absoluta autoridad y decidía las labores y profesiones de sus hijos, la mujer además de ocupar un lugar secundario tenía siempre que obedecer.

A lo largo de centurias los ricos y poderosos se llenaban de concubinas y se puede decir que la poligamia está legalizada. Las

tales.

Dos padecimientos psiquiátricos sumamente curiosos han sido observados en China. El primero, el «Koro» o «Shook yong», consiste en un delirio somático de acuerdo con el cual el pene puede retraerse en el abdomen y causar la muerte. Se dice que un emperador Chou falleció de este trastorno. Los síntomas aparecen repentinamente en hombres cuyas edades oscilan entre los treinta y cuarenta años de edad, que comienzan a preocuparse de la posible desaparición de sus genitales. Para que la persona no sufra el accidente tiene que tomar firmemente sus órganos y cuando se fatiga la esposa o los amigos pueden ayudarle; incluso existían broches de madera para impedir la introducción del pene dentro del vientre. A veces la práctica del felacio detiene la fobia. Podríamos concluir que el «Koro» es una angustia de castración y los elementos orales son fácilmente detectables.

El «Hsich ping» es un trance a través del cual una persona se identifica con un muerto cercano. El ataque puede durar algunas horas y se manifiesta por confusión mental, desorientación y temblores. No hay duda de que quien lo padece se siente culpable con el fallecido.

Quisiera finalizar este artículo señalando que durante siglos los chinos obligaban a los gobernadores de sus provincias a comparecer ante ellos después de su mandato. Si éstos no eran aclamados por el pueblo se les castigaba. Naturalmente cabe preguntarnos que sucedería en México si se realizara la misma manobra pública.